

Munich); un *Fenelón durante la batalla de Malplaquet*, por L. Maillot, y un *Fenelón conduciendo la vaca extraviada*, por Hersent: tales son los principales homenajes que ha recibido su memoria. El más duradero es la popularidad persistente de algunas de sus obras.

¿Qué puede ó debe leerse aún en nuestros días de lo mucho que escribió Fenelón? Sus obras más conocidas son sus *Fábulas*, sus *Diálogos de los Muertos*, el *Tratado de la educación de las jóvenes* (1686), el *Telémaco* (1699), el *Tratado de la existencia de Dios*, los *Diálogos de la Elocuencia*, y la *Carta á la Academia*.

Las *Fábulas*¹, escritas para el Delfín, son agradables. Se refieren á hechos recientes, á fin de deducir de ellos enseñanzas delicadas, llenas de circunspección, de matices prudentes, de consejos paternales, y de dulzura irresistible; los niños de hoy día se deleitan aún balbuciendo esos cuentos que son de lo más lindo que existe: como la osa que lame con paciencia á su pequeñuelo; como la pobre mosca maltratada por la rica abeja; como el zorro viejo y el joven, tan necios uno como otro; como el joven príncipe que contempla las abejas « cuando vuelve á soplar el céfiro y se reanima toda la naturaleza »; como el mono y el papagayo; como la paloma castigada por su inquietud; como la vieja reina y la joven aldeana; como la reina Gisela y el hada Corisandra, y, por último la deliciosa isla de los Placeres:

Después de haber bogado largo tiempo por el mar Pacífico, divisamos á lo lejos una isla de azúcar con montañas de compota, con rocas de azúcar cande y de caramelo y con ríos de jarabe que surcaban el campo. Los habitantes, que eran muy golosos, lamían los caminos y se chupaban los dedos después de meterlos en los ríos. Había también bosques de regaliz y grandes árboles de los que caían barquillos que el viento llevaba á la boca de los viajeros, por poco que éstos la abriesen. Como nos pareció empalagoso tanto dulzor, quisimos pasar á otro país en que pudiesen hallarse manjares de gusto más vivo. Nos aseguraron que, á diez leguas de allí, había una isla en que existían minas de jamones, de salchichas y de guisos con muchas especias. Se explotaban estas minas como las ricas minas de oro del Perú. También había arroyos con salsas picantes. Las paredes de las casas eran de pastel. Cuando el tiempo está nublado llueve vino tinto, y en los días más serenos el rocío de por la mañana es siempre de vino blanco semejante al vino griego ó al de San Lorenzo. Para pasar á esta isla hicimos poner, en el puerto de la que deseábamos abandonar, doce hombres de prodigiosa gordura y que estaban dormidos. Al roncar soplaban tan fuerte que hincharon nuestras velas con viento favorable. Apenas llegamos á la otra isla, cuando encontramos en la orilla mercaderes que vendían apetito, porque con frecuencia, en medio de tantos guisos, solía faltar éste. Había también otros que vendían sueño. El precio se ajustaba por horas, pero variaban los precios según la proporción de ensueños que se deseaban tener.

1. Existe en castellano una traducción de las *Fábulas* por el señor V. A. M. Laynorvegui, impresa en Barcelona, pero desconocemos su valor literario. (N. del T.)

¿Recordáis al rey Alfaronte y á Clarifila, á Rosimundo y á Braminta, á Alibea, al pastor Cleóbulo, á la ninfa Fidila, y las aventuras de Melesicton y de Aristonoo? Son trozos exquisitos que deben figurar en primera línea en la literatura infantil.

Los *Diálogos de los Muertos* entre Luis XI y La Balue, entre el Condestable de Borbón y Bayardo, entre Carlos V y un monje joven de San Yuste, etc., son escenas históricas inspiradas por la sana moral; Bossuet sentía que « todos aquellos muertos no hiciesen más que decirse injurias ».

El *Tratado de la Existencia y de los Atributos de Dios* contiene poéticos desarrollos sacados de las causas finales y de las maravillas de la naturaleza, con una discusión sólida del espinosismo.

El *Tratado de la Educación de las Jóvenes*¹ se compone de trece capítulos dictados por un sentido recto y un verdadero amor á los niños en una época en que no se los amaba mucho. « No hay nada más abandonado que la educación de las jóvenes »; tal es el principio de esta obra, y tal es la verdad que Fénelon pretende destruir. Sorprendido por la ignorancia y la frivolidad que presidían á la educación de las niñas, insiste en la importancia que se debe á la misma, en los inconvenientes del uso corriente en que sólo había lugar para el ocio, el fastidio, el abandono, las disputas y la cólera materna. Plantea los principios de una educación que debe empezar desde la más tierna infancia descendiendo á los detalles más exactos como el sueño, el alimento, la utilidad de los conocimientos de la vida práctica, el peligro de adornar mucho á los niños, etc. Las expresiones son encantadoras:

El cerebro de los niños es como una vela encendida en un lugar expuesto al viento; su luz vacila constantemente. El niño dirige una pregunta y, antes de que respondáis, sus ojos se fijan en el techo y cuenta todas las figuras que hay pintadas en él ó los trozos de la vidriera de la ventana; si pretendéis hacerle volver al primer asunto, le causáis tanta molestia como si le mantuviésteis preso.

Sabe dejar á salvo los derechos de la elegancia y de la belleza, y la siguiente declaración, para hecha por un obispo, da pruebas de bastante independencia:

No hay que obstinarse en hacer que le gusten á los niños ciertas personas piadosas cuyo exterior es repugnante.

Muchas de las ideas que entonces eran nuevas hoy son cosa corriente, como la de no enseñar á los niños á leer en el latín. Quiere que todo sea sonriente para ellos, que el silabario sea dorado y tenga lindas estampas.

1. Recientemente se ha publicado una traducción de esta obrita en Barcelona por la señora Repollés de Yus. (N. del T.)

Hacer el estudio agradable es la preocupación de este hombre dulce y afable, que no puede ver llorar sin conmovirse. Plantea las bases de un programa completo: según él, debe aprenderse la historia de un modo divertido, representando comedias; « uno será Abrahán y otro Isaac »; ó también por medio de estampas de colores. Presintió el porvenir de la enseñanza por el aspecto. Como la religión era el objeto principal de estos estudios, renueva los métodos pedagógicos con una ingeniosidad que se pliega á las conveniencias y á la edad de los pequeños para enseñarles las grandes nociones del alma y de la inmortalidad:

Decid á un niño que empieza á tener uso de razón: « ¿ Es vuestra alma la que come? » Si responde mal, no le riñáis, sino decidle con suavidad que el alma no come. « Es el cuerpo, le diréis, que es semejante á las bestias. ¿ Las bestias tienen espíritu? ¿ Tienen alma? ¿ Son sabias? — No, responderá el niño. — Sin embargo comen, seguiréis diciendo, aunque no tienen alma. Luego ya véis que no es el alma la que come sino el cuerpo que toma las viandas para alimentarse; él es el que anda y el que duerme. — ¿ Y qué hace el alma? — Razona y conoce á todo el mundo: muestra afición á ciertas cosas y aversión á otras ». Añadid, como por distracción: « ¿ Véis esta mesa? — Sí. — ¿ La conocéis pues? — Sí. — ¿ Véis perfectamente que no tiene la forma de la silla y que es de madera, á diferencia de la chimenea que es de piedra? — Sí responderá el niño. No sigáis adelante hasta que no os hayáis convencido por el tono de su voz y por sus miradas de que le han hecho impresión estas verdades tan sencillas. Decidle luego: « Pero os conoce esta mesa? » Veréis como el niño se echa á reír para burlarse de esta pregunta. No importa, añadid: « ¿ Quién os quiere más, esta mesa ó esta silla? » El niño seguirá riendo. Continúad: « ¿ Esa ventana es juiciosa? » Tratad de seguir adelante. « ¿ Os responde vuestra muñeca, cuando le habláis? — No. — ¿ Por qué? ¿ acaso no tiene alma? — No, no la tiene. — ¿ No es pues como vos, puesto que la conocéis y ella no os conoce. Pero, después de muerto, cuando estéis enterrado, ¿ no seréis como esta muñeca? — Sí. — ¿ No sentiréis nada? — No. — ¿ No conoceréis á nadie? — No. — Y el alma de la muñeca, ¿ dónde está ahora? » Veréis como el niño os responde sonriendo ó por lo menos os dará á entender que la muñeca no tiene alma.

Da útiles consejos contra ciertas mezquinas supersticiones, como la de no sentarse trece á la mesa ó la de no volcar el salero.

Todo lo que sigue acerca de los defectos de las niñas, las vanidades de la belleza y de los atavíos y los deberes de la mujer lleva el sello de la delicadeza, de la observación y merece siempre leerse. Parecería que los métodos modernos se han inspirado en parte en él y habría cierto interés en aplicar lo que se ha desdeñado hasta el presente, como la enseñanza del derecho usual y de las artes decorativas. El último capítulo acerca de elección de aya es la sabiduría misma, y no tiene nada de quimérico el mostrar asombro al ver que ciertas madres con-

fían á antiguas doncellas y hasta á personas más bajas aún el cuidado de formar los modales, el corazón y el alma de una futura dama. El proyecto de una Escuela Normal de institutrices pone feliz término á ese tratado puesto que es el último voto que se ha visto brillantemente realizado en los tiempos modernos¹.

La novela poética de *Telémaco*, escrita para distracción de su real alumno, fué impresa gracias á la infidelidad de un criado que se apoderó de una copia y la vendió.

El asunto está tomado de la *Odisea* de Homero y enriquecido con todos los adornos de una imaginación amable y de una erudición guiada por el gusto más refinado. ¿ Quién no ha leído los viajes de aquel hijo piadoso á quien acompaña Mentor; las aventuras que refiere en un estilo encantador á la ninfa Calipso; su amor creciente hacia la hermosa Eucaris, su permanencia en casa de Idomeneo, rey de Salento; la campaña contra los daunios bajo las órdenes de Néstor; las reformas políticas de Idomeneo, aconsejado por Mentor; las desgracias de Filoctetes, la bajada á los Infiernos, la caverna de Aqueronte, la visita de las sombrías orillas del Tártaro, el encuentro con Arcesio en los Campos Eliseos, el castigo de Adrasto, el amor del joven héroe hacia la hija de Idomeneo, Antíope, á la que salva la vida en la caza, el encuentro final de Ulises y las expansiones del hijo que al fin puede abrazar á su padre?

Es una obra maestra que no se lee bastante. Su disposición es hermosa y sencilla como el desarrollo de los admirables frisos del arte griego; de Antíope á Calipso, la pintura del amor presenta todas las variedades, desde la pasión violenta hasta el afecto tierno; de Sesotris á Idomeneo y de Pigmalión á Adrasto, aparece la ambición bajo todos sus aspectos, ya magnánima, ya imprevisora, ya odiosa, ya hipócrita. La invención en la intriga tiene tanto valor como la de los caracteres. *Telémaco*, en la edad de las pasiones, se instruye con su propia experiencia y presenta una encantadora mezcla de rectitud, de orgullo, de candor y de obediencia que se desprende poco á poco, cual en una ascensión luminosa, de las debilidades humanas, hasta llegar al triunfo conmovedor de la virtud. ¿ Qué armoniosa alianza de los recuerdos fecundos de la antigüedad pagana con las ideas modernas de un cristianismo dulce y consolador! ¿ Qué vigor y qué elocuencia en el cuadro de las torturas morales en los Infiernos! y ¿ qué suave y pura melodía en los acentos angélicos y celestes que hacen vibrar, en los Campos Eliseos, la etérea atmósfera de aquellas mansiones purificadas por

1. Desde muy antiguo hubo en España animosos propugnadores de la mujer y de cuanto contribuye á realzar su condición. Sin contar al famoso Mosén Diego de Valera, el insigne Vives, en su libro *Beneficencia pública*, aboga por la enseñanza de la mujer. El ilustre P. Feijoo consagró uno de sus eruditos discursos á la defensa de las mujeres y de su capacidad intelectual, y el P. Montegón publicó en 1793 su libro *Eudoxia* destinado á la educación de las mujeres. (N. del T.)

mil setecientos años de fe, de bondad y de belleza! Jamás se realizó con tanta delicadeza y perfección el acuerdo entre la mitología pagana y la cristiana; la sombra del Gólgota envuelve el Olimpo, y la música de los salmos resuena en los teatros de los Elegidos; alas de querubines revolotean en torno de las divinidades antiguas; las blancas palomas representan la encarnación del Espíritu sagrado; los cantos son como un eco eucarístico, y flotan sobre los altares nubes de incienso que parecen envolver sagradas custodias. Ha invadido el mundo regenerado un amor inmenso y sus héroes antiguos han ganado, desde la época de Homero, cuanto la fe nueva ha difundido en la tierra, en materia de justicia, de bondad, de caridad, de piedad, de enoción y de fraternidad.

¿Qué encanto se nota también en aquel estilo puro, desembarazado, claro, fácil, lleno de conmovedora amenidad y de sencillez que a veces se le ha censurado como un defecto!

¿Dónde es posible conocer con más seducción en cuanto á la forma y al fondo aquella antigüedad deliciosamente infiel en que Platón parece haber leído á los Apóstoles y en que el sol de la Judea ilumina las costas griegas? Fenelón, á semejanza de las abejas del Licabeto, supo extraer de los tiempos antiguos y modernos el jugo y la esencia de la poesía, de la filosofía y del ideal artístico; la aurora resplandeciente de los siglos nuevos baña con frescos y ardientes reflejos los antiguos bajos relieves del templo dórico, en los que las Quimeras y los caballos de las Panateneas toman formas indecisas de esculturas y de imágenes familiares, de la simbólica de la Edad Media. De todo este espectáculo encantador emana una belleza tranquila y benéfica, llena de mansedumbre, de sencillez, de lealtad y de amor sin mezcla hacia el ideal y hacia la paz.

Una vez leídas, no es posible olvidar aquellas páginas pintorescas, tiernas, adorables: la gruta de Calipso refrescada por fuentes puras como el cristal; los dominios de Admeto, donde, al pie de las montañas cubiertas de bosques, ostentan, en la concavidad de los verdeguantes valles sus perezosos meandros en que se miran los pastores, mientras tocan la flauta; el carro de Anfitrite, de concha dorada y de rosado nácar, cubierto de algas y con velas de púrpura; la Bética embalsamada por los jazmines y granados, y la plácida y silenciosa felicidad de los Campos Eliseos:

Las altas montañas de Tracia cuya frente cubierta de nieve y de hielo, desde el origen del mundo se abre paso entre las nubes, caerían por tierra arrancadas desde sus raíces sin que el corazón de aquellos hombres justos experimentase la menor emoción. Sólo se compadecen de las miserias que abruma á los hombres que viven en el mundo; pero su compasión es dulce y tranquila y en nada altera su inmutable felicidad. En sus rostros se ven retratadas una juventud eterna, una felicidad sin fin y una gloria entera-

mente divina; pero su alegría nada tiene de loca ó inconveniente; es una alegría dulce, noble, llena de majestad es el amor sublime á la verdad y á la virtud que los transporta. Sienten sin interrupción, y á cada instante, esa conmovedora emoción del corazón que experimenta una madre que vuelve á ver á su querido hijo á quien creía muerto; y esa alegría que es fugitiva en la madre, no desaparece nunca del corazón de aquellos hombres; jamás languidece, es siempre nueva para ellos; experimentan el transporte de la embriaguez sin sentir la turbación y la ceguera que ésta produce.

Es un libro exquisito por su dulzura, su calma, su pureza, su bondad angélica y poética, y por sus sueños; puede decirse de él lo que decía Saint-Simón del mismo Fenelón: « Cuando se empieza á oírle, hay que hacer un esfuerzo para dejar de mirarle. »

Los tres *Diálogos de la Elocuencia*¹ son un sabio tratado de la elegancia de los sermones, de los que hay que desterrar el preciosismo para imitar á los Padres. Los interlocutores se hallan designados por letras del alfabeto y esta impersonalidad anónima comunica cierta frialdad al relato.

La *Memoria* y la *Carta sobre las ocupaciones de la Academia francesa* contienen un elegante plan de trabajos que propone á la actividad de sus colegas, que andaban en busca de obras útiles para después de acabar el diccionario. La *Memoria* data de 1714 y la *Carta*, de 1713. Comprende ocho capítulos: terminación del diccionario, redacción de una gramática, proyecto para enriquecer la lengua por medio de arcaísmos rejuvenecidos, de neologismos y palabras extranjeras:

Oigo decir que los ingleses no rechazan ninguna de las palabras que les sirven de comodidad y las toman, cuando las necesitan, de sus vecinos; tales usurpaciones están permitidas. En este género todo se hace común mediante el uso. Las palabras no son sino sonidos que convertimos arbitrariamente en signos de nuestros pensamientos. Los sonidos no tienen en sí mismos valor alguno. Lo mismo pertenecen al pueblo que los toma prestados que á aquel que los presta.

Acerca de las palabras nuevas dice cosas encantadoras:

Cuatro ó cinco personas las aventuran modestamente en conversación familiar, otras las repiten por afición á la novedad y de esta suerte se ponen de moda. No de otro modo un sendero, abierto en un campo, no tarda en convertirse en camino trillado, cuando el antiguo camino resulta poco practicable y menos corto.

El proyecto de Retórica resume sus ideas respecto á la elocuencia, esplanadas más ampliamente en su *Diálogo acerca de la Elocuencia*,

1. No es dudoso que debió conocer el sabio obispo de Cambrai la *Retórica Eclesiástica* del P. Maestro Granada, cuyas obras eran tan conocidas en Francia, que Molière cita en su *Guía de Pecadores* en su comedia *Sganarelle* y Regnier la menciona también en una de sus sátiras. (N. del T.)

entiéndase de la elocuencia del púlpito. La página acerca de los oradores griegos es hoy clásica :

Entre los Griegos todo dependía del pueblo, y el pueblo dependía de la palabra...

Su estilo se hace gracioso, abundante, pulido, como para justificar las siguientes palabras: « Confieso que el género florido tiene sus encantos. »

El proyecto de *Poética* es el capítulo más encantador y está lleno de amables reminiscencias de Virgilio y de Horacio; es célebre la requisitoria contra la rima y son dignos de leerse el juicio de Ronsard y, sobre todo, la página del Gusto :

El gusto exquisito teme el exceso en todo sin exceptuar el ingenio mismo. El ingenio llega á cansar cuando se prodiga ó se emplea con afectación. Los que lo tienen de sobra saben usarlo con moderación para acomodarse al nivel de la multitud y allanarle el camino. Acaso dirán que es un hermoso defecto, pero un defecto raro y maravilloso. Convengo en ello pero es un verdadero defecto y uno de los más difíciles de corregir. Se gana mucho con prescindir de todos los adornos superfluos para limitarse á las bellezas sencillas, fáciles, claras y, al parecer, desdeñadas. Lo mismo en la poesía que en la arquitectura, es preciso que todos los elementos necesarios se conviertan en adornos naturales. Pero todo adorno que no es más que adorno está de sobra y hay que prescindir de él, pues no hace falta y sólo la vanidad lo echará de menos. Un autor que tiene demasiado ingenio y que quiere siempre mostrarlo causa y fastidia al mío. No quiero tener tanto; si mostrase alguno menos, me dejaría respirar y me agradaría más. Exige de mí demasiada atención; la lectura de sus versos se convierte para mí en un estudio. Tantos destellos me deslumbran. Busco una luz suave que alivie mis débiles ojos. Quiero un poeta amable, proporcionado al común de los hombres, que se esfuerce por complacerlos y no por complacerse á sí mismo. Quiero una sublimidad tan familiar, tan recta y tan sencilla que cada uno se figure á primera vista que podría hallarla sin trabajo, aunque haya muy pocos hombres capaces de realizarla. Prefiero lo amable á lo sorprendente y á lo maravilloso. Quiero un hombre que me haga olvidar que es autor y que entable sencillamente conversación conmigo.

Los dos capítulos, *Proyecto de un tratado acerca de la Tragedia* y *Proyecto de un Tratado acerca de la Comedia* están llenos de ideas ingeniosas acerca de toda la literatura dramática, de la que habla con libertad y simpatía á diferencia de Bossuet que la anatematizaba. El *Proyecto de un tratado de Historia* anuncia ya los grandes trabajos históricos que no conoció el siglo de Louis XIV y cuyos primeros ensayos aparecieron en el siglo XVIII.

Algunas otras cuestiones, entre otras la disputa entre los Antiguos y los Modernos, en la que, como es de suponer, Fenelón se declaró en pro de los primeros, completan este opúsculo de gusto puro y encanta-

dor, de forma clara, fácil, abundante y elegante; desde hace muchos años figura entre las manos de nuestros escolares, que ponen en práctica con fruto sus doctrinas, porque es el complemento necesario de las páginas de la Bruyère: de *las Obras del Ingenio*, para constituir una antología inestimable y rara de las opiniones más sutiles que se hayan emitido por hombres de gran elevación acerca de los nombres más ilustres de nuestra más hermosa época literaria.

En resumen, de toda la obra del obispo, del polemista, del educador, del orador (su *Sermón de la Epifanía* (1685), y su *Discurso de recepción en la Academia* (1693) son hermosas páginas de elocuencia), del autor de epístolas (Cartas á Houdart de la Motte), del filósofo, del hombre político, de todo lo que fué Fenelón, la posteridad admira y considera hoy, lo que menos podía esperarse, su crítica literaria.

Mientras desde lo alto de la cátedra caían las palabras edificantes de los predicadores, otros estudiaban el alma y el mundo, profundizaban los misterios de la metafísica y de la psicología, sondeaban el problema del destino, planteaban las leyes de la moral ó simplemente consignaban en sus libros los resultados de sus observaciones acerca del mecanismo de la vida interior, de los sentimientos, de las pasiones, de los instintos que guían ó hacen desviarse de su dirección las acciones de los hombres.

Á este número pertenecieron un Descartes, un Pascal, un Bayle, que, por caminos muy diversos, tendieron á explicar el secreto del mundo y de la humanidad.

Con menos ambición y menos amplitud, Saint-Évremond, la Rochefoucauld y La Bruyère, sin elevar sus miradas hasta el cielo, concretándose al hombre, observaron el alma y dieron su opinión severa é implacable acerca de la vida y de la sociedad.

¿Puede darse algo más amable, más florido y adornado que las dulces é insinuantes exhortaciones de un Francisco de Sales, ese poeta evangélico que pertenece al siglo XVII más aún que al anterior?

Corazón tierno, imaginación risueña y amable, escritor lleno de encanto, este saboyano hablaba de teología en un francés que por su gracia, candidez y abundancia contrastaba con la lengua severa y sobria de Calvino. Su libro del *Amor de Dios* perturba de un modo delicado con su lectura. Por el encanto untuoso de su dulzura y por su misticismo ejerció una acción muy eficaz en el corazón de las mujeres. Conocidas son las relaciones epistolares de San Francisco de Sales con Santa Juana de Chantal y con las Damas de la Visitación. Toda la

colección de dichas cartas lleva el sello de una frescura de estilo y una gracia insinuante de que hay pocos ejemplos antes de Fenelón.

Tiene la clara nitidez de las benéficas aguas de un manantial: « No hay en Dios diversidad de acciones sino un solo acto que es su divinidad misma. »

Posee también la benevolencia: « La penitencia sin el amor de nada sirve para la vida eterna. »

Vivió para el bien y escribió para las almas inquietas. Encarnó la moral evangélica en cuanto ésta tiene de bueno y de caritativo. Lejos de terrorizar las conciencias, les comunica la calma y la serenidad. Es la doctrina de la misericordia, del perdón y de la luz. Port-Royal se estremeó al oírle decir: « Los santos tristes son tristes santos. »

Ha sido el apóstol de la paz y de las esperanzas, de las compensaciones futuras y de las celestiales alegrías.

Su obra contemplativa recibió feliz coronamiento gracias á la iniciativa práctica de San Vicente de Paúl (1576-1660). El soñador vió nacer al laborioso amigo de los pobres. La acción respondió como un eco á la plegaria.

La obra de la Misión de los Sacerdotes del Campo, la de las Hermanas de la Caridad, la de los Niños expósitos, la de los Heridos militares, y la de el Socorro á los pobres producían en la vida material los mismos efectos calmantes que Francisco de Sales prodigaba á las almas enfermas; y, de esta suerte, la sociedad recibía un doble beneficio, el consuelo moral de la meditación, de la indulgencia y del perdón y el auxilio de la caridad prodigada y organizada por el que fué intendente de la Providencia y capellán de presidiarios.

Pero vengamos á la moral laica y dejemos la religión por la filosofía. Encontramos en primer término uno de los mayores nombres de que puede vanagloriarse ésta.

Renato Descartes (1596-1650) « es un mortal de que los paganos hubieran hecho un dios » y fué el promotor en Francia de los métodos científicos del pensamiento y de la crítica¹.

Nacido en La Haie (Turena) de noble y antigua familia de provincias, hizo sus estudios en el colegio de La Flèche, donde aprendió todo lo que entonces se sabía en materia de filosofía. « Me he criado en las letras desde mi infancia, escribe en su *Discurso del Método*, y sentía extremo deseo de aprender puesto que me habían persuadido de que por medio del estudio se podía adquirir un conocimiento claro y seguro de cuanto

1. Nuestro ilustre compatriota Vives, á quien Erasmo proclamaba el mayor humanista de su tiempo, había proclamado la necesidad de reformar esta clase de disciplinas. (N. del T.)

es útil á la vida. » Pero le hicieron sufrir profundamente la incertidumbre y las tinieblas de la ciencia; á partir de aquel momento luchó contra la obscuridad de la filosofía de las escuelas, planteando otro sistema de nueva filosofía.

« Tan pronto como terminé mis cursos escolares... me hallé sumamente embarazado con tan gran número de dudas y errores que me parecía que, al procurar instruirme, sólo había logrado descubrir cada vez más mi ignorancia. »

Hele ya en París, recién salido del colegio; sólo quiere acordarse de las matemáticas, « á causa de la evidencia de sus razones ». No quiere esto decir que menospreciase la elocuencia ó no sintiese amor hacia la poesía; sino « que creía, dice, que una y otra eran dones del espíritu más bien que frutos del estudio ».

Joven y noble, se vió solicitado para vivir la vida del gran mundo, y en un principio se entregó á ella; pero bruscamente volvió en sí y se retiró á una casa del Faubourg Saint-Germain, donde, según pretende uno de sus biógrafos, se ocultó para entregarse enteramente á sus meditaciones y estudios, en tanto que sus amigos le buscaron inútilmente durante dos años; no es cierto, se había ido á Poitiers donde estudió derecho, según lo comprueban las matriculas de la Facultad que hacen mención de sus exámenes en los días 9 y 10 de noviembre de 1616.

Alistóse el año siguiente al servicio de los príncipes alemanes é hizo varias campañas. Sus instintos belicosos que no eran, según él dice, sino « efecto de un calor de hígado que se calmó posteriormente », le permitieron pasar seis años estudiando las máquinas de guerra y los trabajos de fortificación, porque, á decir verdad, era de la madera de los ingenieros y de los filósofos, más bien que de la de los guerreros.

Ocurrióle un día, en Breda, en Holanda, ver un gran corro de gente parada ante un cartel ó anuncio en flamenco. Rogó á uno de sus vecinos que se lo tradujese en francés ó en latín; el vecino, que no era otro que Isaac Beeckmann, director del colegio de Dordrecht, célebre matemático, le hizo la traducción; se trataba de un problema de geometría y se desafiaba al público á hallar la solución. Se burló amablemente de Descartes pidiéndole que le llevase la respuesta. Descartes no dijo una palabra; pero al día siguiente se presentó en el domicilio de Beeckmann con la solución pedida.

Siguió « rodando por el mundo, procurando ser espectador más bien que actor en las comedias que en él se representan »¹. Detenido por el

1. Parece recordar los versos de Lope:

El mundo comedia es,
Y los que ciñen laureles
Hacen primeros papeles
Y á veces el entremés.

invierno de 1619 en Neubourg, pasó los días encerrado en una pequeña habitación, calentada por un calorífero y en la que « podía entregarse á sus anchas á la meditación ». Visitó luego á Hungría, Polonia, Suiza é Italia; volvió á París, donde vaciló con respecto á la profesión que debía adoptar y, en último término, se decidió á permanecer libre para entregarse á sus estudios y continuarlos sin ninguna distracción. Instalóse en Holanda, en medio del desierto de un pueblo atareado, á fin de evitar los inconvenientes de su permanencia en París, donde su fama naciente le hubiera acarreado demasiados homenajes indiscretos. En Holanda mismo, donde permaneció veinte años, durante los cuales hizo tres viajes á Francia, cambiaba con frecuencia de domicilio para esquivar visitas y librarse de importunos.

La única concesión que hizo á la sociedad, y eso porque le era necesaria, fué mantener una correspondencia seguida con su amigo el P. Marsenne que le servía de intermediario con los sabios de la época.

Habiendo publicado varias obras puramente científicas de matemáticas, de física y de metafísica, dió, en 1637, su *Discurso del Método*, seguido en 1644, de los *Principios*, y en 1647, de las *Meditaciones*. Estas dos últimas obras estaban en latín.

Invitado por la reina Cristina de Suecia á ir á darle lecciones de filosofía, fué á Estocolmo, pero á pesar suyo; para disertar con su real discípula acerca de puntos filosóficos, se dirigía á la Biblioteca de la Corte todos los días á las cinco de la mañana; lo riguroso del clima le produjo una pulmonía y murió, habiendo consentido demasiado tarde en dejarse sangrar, después de haber dicho á los médicos: « Señores, no hagáis correr inútilmente la sangre francesa. » Murió el 11 de febrero de 1650 á los cincuenta y tres años. Sus restos, trasladados de Suecia á Francia, en 1667, descansan en París en la iglesia de San Esteban del Monte.

Descartes, dice Hegel, es el verdadero fundador de la filosofía moderna, es decir de la que toma el pensamiento por principio. Jamás se ponderará con exceso la acción de este hombre. Es un héroe.

Hay en el Luvre un retrato de Descartes por Frans Hals: frente prominente que no logran ocultar los largos cabellos, cejas espesas, grandes ojos muy abiertos bajo los anchos párpados meditados; la boca algo desdeñosa, con el labio inferior saliente y la nariz fuerte; el conjunto produce una impresión de fortaleza; se adivina al pensador obstinado lleno de razón y de inteligencia.

En cuanto á su carácter, aunque Descartes asignó á su vida como fin único, la investigación de la verdad y acaso á causa de eso mismo, puede decirse que es el de un hombre práctico que no quiere comprometerse; este filósofo de espíritu revolucionario no tuvo vocación de

mártir. « Su religión es la de su príncipe y la de su nodriza. » En teología, dice Bossuet, « ha temido siempre ser mal notado por la Iglesia, y en este punto ha tomado precauciones que llegaban hasta el exceso ». Descartes no se cuidaba de la política, pues no pertenecía á esa clase de hombres entrometidos é inquietos que, « no estando llamados ni por su nacimiento ni por su fortuna al manejo de los negocios públicos, no dejan nunca de inventar alguna nueva reforma ».

En suma, era hombre prudente. Participaba del parecer de Galileo acerca del sistema del mundo, y hasta había desarrollado sus ideas en un tratado *del Mundo* que se guardó muy bien de publicar en vida por precaución, según nos lo indica al principio de las partes quinta y sexta del *Discurso del Método*. Dicho tratado sólo se publicó en 1664, catorce años después de la muerte de Descartes; y si se había atrevido, en su libro de los *Principios*, á exponer la teoría del movimiento de la tierra, de acuerdo con Galileo, la negaba en apariencia. « ¿ Por qué no empleásteis un subterfugio? » escribió á un amigo que se había comprometido por su imprudencia. Descartes estuvo siempre en paz con la ortodoxia, pues deseaba « vivir tranquilo » sin perder no obstante la esperanza de « que ocurriese con dicha cuestión como con la de los antípodas, los que casi habían sido condenados en otro tiempo ».

Si carecía del heroísmo práctico, su pensamiento y su alma fueron muy atrevidos. Desdeñoso de lo pasado, innovador osado, hizo tabla rasa con todo lo que la ciencia había descubierto hasta entonces, á fin, dice, de « desarraigar de esta suerte de mi espíritu todos los errores que hubiesen podido deslizarse antes en él ». Pero la duda de Descartes no fué la duda estéril de los escépticos, « porque, al contrario, agrega, sólo me proponía asegurarme y echar á un lado la tierra movible ó la arena para dar con la roca ó la arcilla ».

Después de haber dudado y de haberlo destruido todo, empezó Descartes á reconstruir. Á ello se dedicó en todos sus tratados: *Discurso del Método*, *Dióptrica*, *Meteoros*, *Geometría*, *Meditaciones*, *Principios*, *Tratado de las pasiones del alma*, *Reglas para la dirección del espíritu* y *Correspondencia*.

Para realizar esta empresa, esto es, para restablecer la ciencia universal en un conjunto que abrazase todo lo que constituye el mundo, el alma y Dios, después de haberlo negado todo, Descartes adoptó un método fundado en cuatro reglas:

- 1º No aceptar jamás ninguna cosa como verdadera, sin estar evidentemente convencido de que lo es;
- 2º Dividir cada una de las dificultades que se examinan en tantas partes como sea posible y necesario para resolverlas mejor;
- 3º Ordenar metódicamente sus pensamientos, empezando por los